LAS CONFERENCIAS

DEL

INSTITUTO NACIONAL

(PRIMERA SERIE)

PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN DE

J. D. MOSCOTE

EDICIÓN OFICIAL

PANAMÁ
IMPRENTA NACIONAL
1915

LAS CONFERENCIAS

DEL

INSTITUTO NACIONAL

(PRIMERA SERIE)

PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN DE

J. D. MOSCOTE

EDICION OFICIAL

PANAMÁ
IMPRENTA NACIONAL
1913

Al señor don Nicolás Piñeiro
Respetuosamente,
Su affmo. amigo,
J. L. Morcote

1º de septbre. de 1913.

A LOS MIEMBROS

DE LA

PRIMERA ASAMBLEA PEDAGOGICA

DE LA REPUBLICA

INTRODUCCIÓN

Vocación irresistible, claramente determinada en mi espíritu, en días aciagos de mi vida, hará como unos doce años, vocación estimulada constantemente por mis lecturas y por la práctica misma de la enseñanza, llévame del modo más natural a complacerme, a regocijarme, en el estudio de todo lo que de alguna manera atañe al problema moral de la educación.

Tal motivo, y no ninguno de los que algunas personas de fecunda imaginación, poco piadosas además, se han dado a suponer, es el único que me ha decidido a trocar definitivamente la toga del abogado, que nunca llevé con gusto, por la humilde indumentaria del maestro de escuela.

Esto, y sólo esto, explica el interés y la participación que modesta y calladamente—porque así conviene a mi idiosincracia espiritual—he venido tomando en el desarrollo de la instrucción pública panameña, desde los primeros momentos de su feliz despertar. Esto debe explicar también el hecho de que sea yo quien haya concebido la idea, que se me permitirá llamar afortunada, de reunir y publicar estas conferencias y estudios en que se ventilan tópicos de palpitante importancia para la cultura de este país en cuyo porvenir tanto confío.

Propósitos nobles me inspiran. Pienso que la generosa labor que representan estos trabajos, fruto de la intelectualidad de algunos de nuestros mejores profesores, debe ser más conocida, mejor apreciada y alcanzar suficiente resonancia en toda la República. Así se logrará despertar en el mayor número de ciudadanos verdadera afición y amor por las cosas de la educación, lo que constituye, en mi sentir, el distintivo más cierto en virtud del cual se puede reconocer el patriotismo de una colectividad.

El estado actual de la educación pública, es, evidentemente, de confusión, de incertidumbres, y apropiado para producir desalientos en ánimos apocados que hayan perdido toda fe en el poder de la inteligencia y la voluntad, motores poderosísimos del progreso humano. Pero, no obstante, es absolutamente preciso reaccionar a tiempo contra este marasmo que de modo alarmante se va apoderando de muchas

conciencias de este pueblo, joven todavía, como que ápenas se despereza en la mañana de su existencia.

Si no se ha podido aún cimentar sólidamente la escuela primaria, si no hay orden ni concierto en los propósitos que deben guiarnos a este fin, si el dinero que se invierte en fomentar las instituciones docentes no produce los réditos morales que son de esperarse en beneficio de la cultura nacional, si la inspiración—que vale decir el empirismo—y no el cálculo reposado, que busca fines preconcebidos, es la única brújula de nuestra acción pedagógica, ello se debe a que el ambiente no está preparado, ni es tiempo todavía de que lo esté, ni se puede violentar el curso de las leyes naturales que rigen el desenvolvimiento de las naciones.

Un pueblo que escucha voces robustas que le indican el camino que debe seguir, que cuenta con cabezas serenas que estudian el problema vital de la educación mostrándole el modo de resolverlo en obsequio de su propia felicidad, es un pueblo que no tiene derecho a quejarse, sino al contrario, a mostrarse altivo, confiado, en espera del cumplimiento de sus destinos. Los signos que se dibujan en el horizonte del pueblo panameño son halagadores y anuncian que muy pronto se mostrará la cumbre del monte Nebo.

Tal es la lección que yo deduzco y que, de seguro, deducirán los que lean nuevamente, con ánimo desprevenido, estas que podemos llamar primicias de nuestra vida intelectual.

No se destaca ciertamente de estos trábajos un pensamiento o una idea netamente definidos que puedan servir inmediatamente de norte a nuestra actividad. Tal cosa proviene de que no son la obra de un solo espíritu sino la de varios; pero el mérito de ellos consiste, precisamente, en que siendo el producto de intensiones dispersas que, de acuerdo con las circunstancias, buscaban objetos distintos, dan la impresión de que entre sus autores hay una inteligencia íntima en cuanto a la interpretación de los asuntos que discuten.

Son almas jóvenes las que hablan en las páginas que van a leerse y por esta razón no debe extrañar nadie que la nota en ellas dominante sea la del más vehemente y cálido optimismo. La juventud es así. El vaho frío de la desconfianza y el enervante pesimismo, que muchos llaman «sabia experiencia» no le entumecen las alas de la inspiración ni le impiden ascender a las regiones límpidas del ideal.

Ven, pues, lector y regocíjate en la contemplación de un cuadro que ofrece vastos y risueños panoramas iluminados por la esplendorosa luz del idealismo.

J. D. Moscote

Panamá: agosto de 1913.

LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN

CONFERENCIA DEL DR. R. T. MARQUIS

El cargo de Profesor del Instituto Nacional impóneme la obligación de dictar esta conferencia, y al escoger para tema de ella la doctrina de la evolución, no ha sido mi objeto combatir creencias profundamente arraigadas, porque siempre es la norma de mis actos el debido respeto a las ajenas opiniones.

He querido, sí, hacer una exposición suscinta de una teoría que si bien hoy cuenta como afiliados a la mayoría de los hombres de ciencia, también es cierto que ha tenido formidables adversarios; de esa teoría que, mal interpretada por unos y anatematizada por otros, antes de conocerla, es generalmente ignorada entre nosotros.

Muéveme, además, a ello, la convicción que tengo de que las conferencias que se den en el Instituto deben tener principalmente sabor escolar; y así he pensado que a los alumnos normalistas del III año, quienes, según el plan de estudios que rige, están próximos a dar por terminado el curso de Ciencias Naturales, les servirá el desarrollo de este tema como un resumen de lo que han aprendido en el aula y en la observación de la naturaleza.

Para mayor claridad he dividido la materia en tres puntos que trataré por separado:

1º NOTICIAS HISTÓRICAS Y EXPOSICIÓN DE LA TEORÍA

Amante de la brevedad, prescindiré de muchos siglos. De todos aquellos en que si bien es cierto algunas luces destacáronse en la inmensa tiniebla, sus resplandores no fueron suficientes para vestir a las Ciencias Naturales con los ropajes de una aurora. Empezaré con Carlos Linneo, quien, como dije hace dos años en acto semejante a éste, tiene en mí ferviente admirador. El célebre naturalista sueco expresó su idea fundamental de la especie en la conocida frase; «hay tantas especies como formas diversas creó en un principio el Sér infinito». Es decir: él admitía un acto creador del que habían surgido todas las especies existentes, las cuales habían conservado hasta la actualidad sus caracteres primitivos. Todos los animales y las plan-

tas existían porque tal fué la voluntad de un Sér supremo, y en modo alguno podían formarse nuevas especies.

La teoría creacionista de Linneo encontró apoyo decidido en otra, formulada por Cuvier y que por algún tiempo fué casi universalmen-

contrar otra explicación más favorable al hecho demostrado de las edades geológicas del planeta, ideó una serie de cataclismos destructores, seguido cada uno de nuevos actos de creación. Según esa singular teoría, cada flora y fauna ha nacido y muerto en un período geológico; y al terminar éste, trastornos de naturaleza desconocida—vio-

el largo ejercicio de las extremidades en el agua, hacia la cual los impulsaba la necesidad de alimentarse. Del mismo modo se explica la atrofia de las extremidades posteriores de los cetáceos y el desarrollo de su aleta caudal; la lengua alargada y la falta de dientes de algunos mamíferos como el hormiguero; la trompa chupadora de los lepidópteros y, en una palabra, todas las diferencias que se notan entre los mismos órganos de los diversos animales y plantas. Y es de hacer notar aquí un hecho que todos mis alumnos de las clases superiores conocen: La mariposa de la seda y muchas otras especies de la familia bombicidæ, tienen, en su estado perfecto, atrofiados o rudimentarios los órganos bucales, mientras que se hallan muy desarrollados y adaptados a la masticación en el estado larvario. Pero también saben todos que esas mariposas en su perfecto desarrollo, viven tan sólo un día, que consagran por entero al amor.

En una palabra, la teoría de Lamarck puede resumirse así:

Los animales y las plantas que hoy existen, proceden de organismos muy sencillos que por lenta diferenciación en largos períodos de tiempo y gracias a las diversas condiciones biológicas en todas las partes en que la vida es posible, han ido mejorando hasta llegar a los más altos grados de organización.

Al mismo tiempo que Lamarck lanzaba al mundo sus ideas evolucionistas, otro francés, Geoffroy Saint Hilaire, combatía enérgicamente la hipótesis de Cuvier y sostenía la variabilidad de las especies orgánicas y su descendencia común; pero sin dar mayor importancia al uso o desuso de los órganos y sí mucha, en cambio, a las modificaciones que en los distintos períodos han debido sufrir las condiciones del medio ambiente, tales como cambios en la composición de la atmósfera o de las aguas, variaciones notables de temperatura, y otras. Opina, por ejemplo, Saint Hilaire, que a consecuencia de la disminución del anhidrido carbónico en la atmósfera y al aumento del Oxígeno en virtud de la asimilación vegetal, la sangre de los reptiles adquirió una temperatura más elevada, se hizo mayor la fuerza muscular y nerviosa, las escamas fueron poco a poco transformándose en plumas, hasta que de los reptiles surgieron las aves.

Merece también mención especial en esta reseña histórica, el nombre del célebre poeta, matemático y naturalista alemán Goethe, quien con sus trabajos sobre la metamorfosis de las plantas, la naturaleza del cráneo y los huesos intermaxilares del hombre, contribuyó en mucho a la fundación de la teoría evolucionista. De todos sus trabajos es, sin duda, el de más valor, el que lo condujo al descubrimiento de los dos huesos que tenemos debajo y al rededor de la nariz. Dichos huesos, llamados intermaxilares, no se notan en el cráneo humano, por encontrarse íntimamente soldados con el maxilar superior y de aquí que los naturalistas creyesen su presencia un carácter enteramente distinto entre el hombre y los demás mamíferos. Goethe estudió y comparó una multitud de cráneos, hasta que consiguió demostrar que los huesos intermaxilares son perfectamente visibles en el feto humano.

Mientras en Francia y Alemania aparecían estos que pudiéramos llamar primeros esbozos de la doctrina evolucionista, en Inglaterra

Carlos Lyell trabajaba en el mismo sentido; y en 1830 publicó su obra «Principios de Zoología» que vino a echar por tierra la hipótesis de los cataclismos y creaciones sucesivas de Cuvier.

Lyell explicó los cambios geológicos por la acción incesante de fuerzas que aún ejercen su influencia sobre la tierra, tales como el calor central del globo y la acción de las aguas.

Por último, apareció también en Inglaterra Carlos Darwin, quien desarrolló en toda su plenitud la teoría cuyos cimientos habían echado Lamarck, Saint Hilaire, Goethe y Lyell. En 1859 vió la luz su obra principal «El origen de las especies por medio de la selección natural». En dicha obra parte de dos principios conocidos desde tiempo atrás: la herencia o trasmisión de los caracteres de ascendientes a descendientes; y la variabilidad, o sean las diferencias que siempre existen entre hijos y padres, no obstante sus naturales semejanzas.

A la acción combinada y recíproca de estas dos propiedades, se debe, según Darwin, la formación de las variedades y razas domésticas, tan distintas a veces unas de otras, que los naturalistas sistemáticos se ven en muchos casos obligados a formar con ellas nuevas especies.

Algunos ejemplos servirán para aclarar mejor el asunto. Un zootécnico quiere un tipo de oveja que produzca lana superior. Empieza por escoger entre un gran número de individuos procedentes de una sola pareja, aquellos que se distinguen por dicho carácter. En la primera generación obtiene individuos que heredan la cualidad deseada. De entre éstos, escoge para la reproducción, aquellos que la tengan más desarrollada, y así sucesivamente hasta obtener una raza permanente de ovejas con lana muy distinta a la de sus primeros antepasados.

Un jardinero desea obtener violetas blancas. Elige semillas de aquellas plantas que produjeron flores de un color más claro. Continúa haciendo esta selección, y al cabo de algunas generaciones las violetas moradas se han transformado en blancas, tal como las buscaba el jardinero.

Y lo que se verifica en las especies domésticas debido a la selección artificial, sucede también, según Darwin, en las especies silvestres, en virtud de lo que él llama selección natural, o sea el mejoramiento de los individuos, gracias a ese rudo combatir por la existencia que todos reconocen.

Oportuno me parece copiar algunas palabras de Darwin: «Esta lucha por la vida, dice, es una ley general del universo. Se efectúa entre las fuerzas físicas; entre los seres de los dos reinos; entre los hombres y entre los pueblos. Sin esa ley no tardaría en poblarse excesivamente toda la superficie del globo, pues la población crece en progresión geométrica, mientras que los recursos para la vida lo hacen en progresión aritmética. Por doquiera reina la ley del más fuerte. Los más grandes devoran a los pequeños; los armados a los inermes; los fuertes destruyen a los débiles y sólo los mejores dotados subsisten.»

En resumen, Darwin, como Lamarck, cree que las especies exis-

hipótesis de un origen común, de un parentesco más o menos inmediato, ya que no hay otra causa capaz de producir semejanzas inalterables. ¿Y las diferencias? se preguntará. Las diferencias, dicen, se explican perfectamente por la adaptación de los órganos en virtud de la lucha por la vida. Los murciélagos, por ejemplo, son mamíferos dotados de la facultad de volar, no porque tengan alas especiales fuera de sus cuatro extremidades, sino por el vasto repliegue de la piel que se extiende hasta los dedos alargados y que puede abrirse cuando éstos se separan; pero sin que por esto cesen las extremidades de estar destinadas para la marcha. Los primeros grados de desarrollo de este aparato volador, podemos encontrarlos en diversos mamíferos, como la ardilla voladora, en la cual éste sirve de paracaídas para desminuír la velocidad en los grandes saltos.

ÓRGANOS RUDIMENTARIOS

Esta lámina nos representa el desarrollo paleontológico del pie del caballo y en ella podemos ver la atrofia de dos dedos que han quedado reducidos al estado rudimentario en que hoy se encuentran.

El esqueleto de la ballena presenta los huesos atrofiados de las extremidades posteriores. Los ojos del topo son tan pequeños que apenas se notan. Las alas del avestruz, del casoar y del pájaro niño, han sufrido una disminución considerable de tamaño. Los dípteros tienen un segundo par de alas rudimentarias, y muchas plantas poseen órganos que no se desarrollan, como las escamas de los tubérculos, que no son otra cosa que hojas atrofiadas.

Esta atrofia de los órganos no puede explicarse bien, según los partidarios de la evolución, sino mediante la hipótesis del uso ó desuso de aquéllos, según las diversas condiciones de vida, y constituye por lo tanto una prueba en favor de su teoría.

DIMORFISMO SEXUAL

Al fijar nuestra atención en esta lámina, no podemos menos que admirar la opulenta melena del león macho, que constituye un medio de protección contra las mordeduras que los rivales tratan de hacerle en el cuello cuando riñen por los individuos del otro sexo. Acá las plumas erizables que revisten el cuello del gallo, especie de escudo protector en los duelos a muerte en que este animal se bate cuando alguien intenta profanar su harem. Aquí los cuernos del *dinasta hércules* macho, arma de que la hembra carece.

Estas diferencias entre los individuos de la misma especie, pero de distintos sexos, es lo que los naturalistas han llamado dimorfismo sexual; y los sostenedores de las ideas evolucionistas lo acogen como un argumento en su favor, ya que perfectamente se explica invocando la selección que resulta de la lucha entre los rivales de su sexo para cumplir la función generadora.

MIMETISMO

Si en una playa cualquiera—dije en artículo publicado hace tres años—fijamos nuestra atención en los innumerables animales que

recta es imposible; y así se ha podido formular la siguiente ley, conocida con el nombre de ley biogenética: «LOS ESTADOS DE DESARROLLO POR LOS CUALES PASA SUCESIVAMENTE UN SER, SON MUY SEMEJANTES AL ESTADO PERFECTO DE LOS SERES QUE EN LA ESCALA BIOLÓGICA OCUPAN UN PUESTO INMEDIATAMENTE INFERIOR».

En los innumerables casos que la confirman, ven los sostenedores de la evolución el argumento más poderoso en favor de la hipótesis de un origen común y de un parentesco más o menos inmediato entre las formas orgánicas.

PRUEBAS GEOLÓGICAS

Todo el que tenga cierta cultura, siquiera sea superficial, conoce la teoría, universalmente admitida, de Kant y de Laplace sobre el origen y la formación del sistema solar. Por ella se explica la existencia de los fósiles, esos restos de cuerpos organizados, enterrados y conservados naturalmente en las capas sedimentarias; documentos de gran valor que nos permiten fundar sobre sólidas bases la historia de los organismos suministrando datos sobre la estructura de los animales y plantas extinguidos.

«Natura non facit saltus» se dijo desde hace mucho tiempo, con lo cual se dió a entender que no puede señalarse un límite fijo entre unos grupos y otros. Esto lo vemos confirmado, por ejemplo, en el ornitorinco, que reúne caracteres de ave, como la transformación de las mandíbulas en pico, la presencia de doble clavícula y la existencia de una cloaca o único conducto excretor, a la vez que de mamífero, tales como las formas de las extremidades, la cubierta del cuerpo y la alimentación láctea en la primera edad; en el *anfioxus lanceolatus* que es un intermediario entre los evertebrados y los vertebrados, y en muchos otros.

La Paleontología ha sacado de las entrañas de la tierra, muchas de estas formas de transición. Entre ella es notable el *arqueoptérix litográfico*, encontrado por primera vez en Baviera. En este dibujo podemos ver una reproducción del ejemplar que se encuentra en el Museo Británico, y es fácil notar los caracteres de reptil y de ave que presenta. Mencionaré también el *zictiosaurio*, que como su nombre indica, tiene caracteres de ave y de reptil.

Además, el estudio detenido de los fósiles nos enseña que las faunas y floras, compuestas por organismos muy sencillos en un principio, van siempre reemplazadas por otras de organización más complicada y tanto más afines a las formas actuales cuanto más modernas son las capas en que se encuentran.

Oportuno me parece citar aquí las palabras de un sabio francés que dice: «a los antiguos no se les había escapado este progreso continuo de la evolución de los seres vivos; esta sucesión en los diversos períodos geológicos, de organismos cada vez más elevados en el orden fisiológico. En los primeros versículos del Génesis se encuentra el cuadro suscinto, pero exactamente conforme con las investigaciones de la ciencia moderna. Así, primero fueron creados los vegetales, en seguida los animales acuáticos, luego los terrestres, y sucesiva-

mente entre estos últimos los reptiles, las aves y los mamíferos. Por la palabra día empleada en el Génesis para marcar las épocas sucesivas de la creación, no debe entenderse un intervalo de algunas horas, sino un espacio de tiempo considerable, cuya duración escapa a todo cálculo o medida. ¿Qué importa al Eterno Creador del Universo un día o millares de siglos?»

Sin dejar de reconocer que los documentos suministrados por los fósiles no son suficientes, ya que sólo han podido conservarse aquellos organismos que tenían partes duras, como los vertebrados, los moluscos, los artrópodos y las regiones lignificadas de las plantas, los partidarios de la evolución ven en ellos una comprobación de la teoría, porque muchos han venido a servir de eslabones en la gran cadena del mundo orgánico.

PRUEBAS GEOGRÁFICAS

La distribución geográfica de los animales y plantas, presenta condiciones muy complicadas y a veces muy difíciles de entender, dice Claus, y, en efecto, nos preguntamos: ¿Por qué hay animales y plantas características de ciertas regiones? ¿Por qué otros se encuentran circunscritos en una porción limitada, mientras hay especies que son cosmopolitas? Y los evolucionistas contestan diciendo que todos los organismos presentan una tendencia a salir de los estrechos límites de su nacimiento o centro geográfico primitivo, dividiendo en dos categorías las causas que los impulsan a ello: unas que son inherentes al organismo y otras independientes de él. Entre las primeras son las más importantes la locomoción, para la cual, como es sabido, no están igualmente dotados todos los seres. Así se nota que los insectos, las aves y los peces, tienen un área de dispersión mucho más extensa que los moluscos, los reptiles y los mamíferos. En segundo lugar el instinto de emigración que predomina en ciertos animales, el cual se desarrolla gracias a ciertas causas, como las variaciones de clima, la necesidad de alimento y otras.

Entre las causas independientes al organismo pueden citarse: el agua que arrastra huevos, larvas, animales desarrollados y semillas de plantas. El viento que ejerce idéntica acción. Los animales que, ya en calidad de parásitos trasportan a otros animales ya ingiriendo semillas o cargándolas adheridas en sus pelos, llevan a distintas regiones el germen de nuevas plantas. Por último, el hombre con sus viajes, conquistas, comercio etc., contribuye también a hacer variar la distribución geográfica de las especies, llevando por todo el globo, intencionalmente unas veces y casualmente otras, gran número de animales y plantas, útiles o nocivas.

De lo que he dicho sobre los fenómenos de distribución geográfica, infieren los defensores del transformismo que pueden fácilmente explicarse admitiendo la descendencia común de las especies y sus emigraciones activas y pasivas.

Hasta ahora, señores, hemos oído a los defensores de la evolución. Veamos el contra de la teoría.

PRUEBAS EN CONTRA

Se ha objetado en primer lugar, la inmensa duración de los períodos, ya que ellos no pueden calcularse en millares, sino en cientos y en millones de millares de años. El solo espesor de las capas extratificadas y los inmensos ciclos cronológicos indispensables para su depósito en el fondo de las aguas, obligan a señalar a la historia orgánica de la tierra, una duración que ni remotamente podemos figurarnos.

Debemos, sin embargo, convencernos, dicen los evolucionistas, de que esa duración tan extraordinaria, que excede en mucho al poder de nuestra imaginación, no implica nada que destruya la teoría genealógica, sino que, por el contrario, la favorece en muchos casos. Cuanto mayor sea, por ejemplo, la duración del período pérmico, tanto menos trabajo nos costará comprender cómo han podido producirse en él las transformaciones que han hecho tan diferentes la fauna y flora de los períodos carbonífero y triásico.

Además, la repugnancia que sentimos en admitir esos inconmensurables períodos de tiempo, consiste principalmente en la costumbre adquirida desde la infancia de considerar la tierra como un planeta que sólo cuenta algunos miles de años de existencia.

La falta de formas de transición en número suficiente, es otra de las objeciones que hacen a la teoría genealógica.

Es cierto que los seres que podemos considerar como formas de transición, son relativamente escasos; pero los archivos en donde se hallan los documentos de la historia orgánica, permanecen en su mayor parte inexplorados. Día por día el paleontólogo, después de vencer innúmeras dificultades, va sacando a luz uno que otro; y mucho, muchísimo tiempo transcurrirá antes de que sean suficientes para escribir la historia completa de los organismos. Además la falta de formas de transición actuales se explica en muchas especies por el principio de divergencia o diferenciación. La lucha por la existencia es mucho más encarnizada entre dos formas próximas cuanto más se parecen entre sí, lo cual debe necesariamente favorecer la pronta extinción de las formas intermedias.

Hay otra objeción formulada especialmente por los filósofos. ¿Cómo es posible, dicen, atribuir a causas mecánicas que obran ciegamente, la producción de órganos que evidentemente actúan con el fin de desempeñar una función?

Si nos referimos a órganos formados con tal perfección que el mecánico más hábil sería incapaz de imitarlos, por ejemplo, el ojo de los animales superiores, tendremos que convenir en que esta objeción es de mucha fuerza. Pero la embriología y la anatomía comparada, proporcionan a los evolucionistas datos que sirven para refutarla. Obsérvese, paso a paso, la escala de perfección ascendente del ojo en todo el reino animal, y veremos que lo que empieza por ser una simple mancha pigmentaria en los animales inferiores, va lenta y gradualmente desarrollándose a medida que el animal va siendo superior, hasta alcanzar el grado de perfeccionamiento. Estúdiese el

desarrollo del mismo órgano en el feto de un animal superior, y se encontrará el mismo proceso evolutivo, lento y gradual.

Si la lucha por la existencia ha sido causa primordial de la desaparición de tantas especies, animales formidablemente dotados, como el mammut y el dinoterio, no habrían perecido, pues armas suficientes tenían para salir vencedores en esa pretendida lucha. De esta objeción, dice un autor; «Quien así se expresa, ve los hechos bajo un prisma falso. La fortaleza física no es la resistencia específica. En tanto que el terrible tiburón no produce más de dos a tres huevos en cada postura, la inofensiva sardina deposita millones: la segunda tiene más fuerza prolífica que el primero».

—

Creo, señores, que he desarrollado el tema que me propuse. No pretendo que mi obra se acerque a lo perfecto. Muchas deficiencias disminuyen de importancia si se tiene en cuenta la sana intención que me inspiró, y el deseo de que mi trabajo sea útil a la juventud, escolar de Panamá, a quien especialmente lo dedico; a esa juventud esperanza lisonjera de hoy, venturosa realidad en el mañana de la Patria.

Panamá, 14 de diciembre de 1912.

LAS CUALIDADES DEL PROFESOR

CONFERENCIA POR LA SEÑORITA BERNARDA TEJADA

No es la primera vez que tengo el honor de elevar mi débil voz ante un auditorio numeroso e inteligente como el presente.

Pero esta vez me siento feliz, pues tengo la dicha de hablar en mi propio idioma y el insigne honor de dirigirme a mis conterráneos, cuyas aspiraciones están de acuerdo con las mías, puesto que todos ambicionamos el progreso de la patria querida.

Quiero hablar hoy de las cualidades del profesor.

El profesor debe reunir ciertas cualidades físicas, intelectuales y morales.

I

Físicas: el institutor debe gozar de una constitución fuerte para poder resistir las rudas fatigas de la enseñanza; unir a un exterior digno, una fisonomía benévola, a fin de conquistar la estimación de los niños.

Y no es poca cosa para el institutor el conquistar el amor de sus alumnos, pues el amor es uno de los grandes resortes de la actividad humana. Qué no se hace por la persona amada!

«En esto me he fundado, decía Pestalozzi; he deseado que mis alumnos puedan, a cada momento del día, leer en mi frente y adivinar en mis labios que mi corazón les pertenece; que su felicidad y sus alegrías son también las mías!»

Inútil es decir que el institutor estará exento de maneras grotescas y de todo lo que pueda contribuír a hacerlo ridículo.

Ha de tener el maestro buena vista, oídos finos y delicados, voz agradable y sonora y una pronunciación clara y correcta a fin de mantener el orden y la disciplina y hacerse escuchar con atención.

La disciplina es uno de los grandes factores de la enseñanza. Por una parte asegura el buen trabajo de los alumnos manteniendo el orden en la clase, y por otra, trabajando para el porvenir, reprime las faltas de conducta, forma voluntades rectas, caracteres enérgicos, capaces de bastarse a sí mismos en todas las épocas de la vida. La

disciplina consigue el doble fin de establecer gobierno en la clase y de enseñar a los alumnos a gobernarse a sí mismos después que hayan salido de la escuela y carezcan de la tutela del maestro. La disciplina es de la más alta importancia. Según que el orden o el desorden reinen en la escuela, se consiguen buenos o malos resultados.

Sin disciplina todos los esfuerzos del institutor son inútiles. La enseñanza se hace imposible, se pierde lastimosamente el tiempo; los niños se burlan del maestro y dando rienda suelta a los malos instintos, terminan por corromperse. Los vicios contraídos en la escuela son causa de ulteriores desgracias en la familia y en la sociedad. Los institutores deben, pues, esmerarse en obtener y mantener la buena disciplina en sus escuelas, para lo cual disponen de tres medios que son: el reglamento, la autoridad y la emulación.

La regla que fija el orden, distribuye los trabajos y el tiempo y determina los derechos y deberes de todos, es elemento esencial de toda disciplina; la autoridad no lo es menos, pues los reglamentos son inútiles si no hay una persona investida de la facultad de hacerlos cumplir; en fin, los estímulos son necesarios por causa de la debilidad innata en el hombre.

El reglamento es indispensable en todo establecimiento de educación, para que maestros y alumnos sepan cómo deben conducirse, para que no aparezcan las órdenes como resoluciones arbitrarias y caprichosas del superior. Pero el reglamento debe establecer únicamente algo como la sinopsis del orden escolar, sin contener otros detalles que aquellos que no se pueden suprimir sin contravenir el espíritu de disciplina que se desea establecer. Los detalles deben dejarse a la iniciativa prudente del maestro, quien, teniendo en cuenta los medios de que dispone, podrá determinar lo que es más conveniente en cada caso. Es preciso que el reglamento permita al maestro decidir en los casos accidentales, transitorios y secundarios.

El reglamento varía de un establecimiento a otro, pero en todo caso debe establecer:

1º La naturaleza del establecimiento y de la clase de alumnos que admite;

2º Las condiciones que deben tener los niños para ser admitidos;

3º Las obligaciones y derechos especiales de los superiores, los alumnos y los padres o representantes de éstos;

4º La marcha general de los trabajos diarios y de los estudios durante el año escolar;

5º El plan de estudios y los métodos, fórmulas y procedimientos principales de cada enseñanza;

6º El sistema de premios y castigos.

No basta que el reglamento exista; es necesario que todos los alumnos lo conozcan y lo observen. El maestro incurre en una grave falta cuando algún alumno por ignorancia viola el reglamento. Es necesario que el alumno se asimile el reglamento.

Durante las clases el maestro debe ejecutar y decir cómo se hacen los ejercicios, hacerlos ejecutar varias veces por los alumnos, con lo cual obtendrá ligereza y uniformidad. Sobre todo, a principios del año, el maestro debe poner cuidado en los ejercicios de orden de en-

trada y salida de las clases, cambios de una clase a otra y actitudes antes y durante las clases. De esta manera, después de algunos días de paciencia, llegará a obtener disciplina y éxito en los trabajos. Esto obtenido, basta ejercer una buena vigilancia y llamar al orden a los perturbadores.

Pero aun cuando los alumnos conozcan perfectamente el reglamento, no se les puede exigir la disciplina si no se hallan bajo ciertas condiciones materiales, intelectuales y morales:

1º Una instalación defectuosa, falta de espacio, el malestar, la imposibilidad de hacer las tareas por no tener los instrumentos necesarios, los ruidos exteriores, todo esto predispone a una turbulencia y a una pérdida de tiempo difíciles de reprimir. El maestro evita lo mejor que puede estos casos de desorden, pero se sabe que esto no depende de él porque los locales y el material de enseñanza lo proporcionan los gobiernos; y

2º a) Es necesario colocar los alumnos en el grado que les corresponde. Además es necesario dar a cada alumno el puesto que le conviene. Los miopes y los que no oyen bien deben ocupar los puestos de adelante; los que exigen un cuidado especial serán colocados de manera que el maestro los pueda ver constantemente, y al lado de alumnos dóciles y tranquilos;

b) Cada alumno debe recibir lecciones que su edad y sus conocimientos le permitan comprender;

c) Un horario bien hecho es de gran utilidad, porque ocupa constantemente a los alumnos sin fatigarlos; pues sabido es que la ociosidad, el fastidio y el cansancio, son causas de desorden. En esto el maestro es enteramente libre, y si ve que los alumnos se fatigan, nada le impide darles un poco de descanso haciéndoles ejecutar ejercicios sin suspender la clase, haciéndoles cantar, y si son grandes hasta les puede permitir 2 o 3 minutos de conversación; eso sí al primer signo la clase queda atenta y silenciosa;

d) En fin, el maestro debe preparar sus lecciones seriamente y darlas con método e interés, de modo que provoque la actividad de sus discípulos.

Los medios disciplinarios tienen verdadero valor en manos de maestros que sepan servirse de ellos. El gran factor de la disciplina es el maestro y los medios esenciales para conquistarlos y mantener la autoridad, son la firmeza y la dulzura.

«Sólo la firmeza, dice Mr. Dupanloup, imprime respeto e inspira sumisión. No perjudican las cualidades exteriores, pero es preciso no contar con ellas demasiado ni por mucho tiempo. No es el tono de la voz ni la estatura ni la edad ni la ciencia misma, ni menos los castigos y amenazas, lo que da autoridad personal; lo que la da y sostiene es un temple de alma firme e igual, un espíritu que se posée, se gobierna y se muestra digno de poseer y gobernar a los demás; que no se guía sino por la razón y no obra jamás por capricho, por arrebato; lo que la da es una sabia mezcla de gravedad y dulzura, de amor y de temor».

El maestro debe impedir el mal y llevar el bien. Pero si la firme-

za no va unida con la dulzura, se convierte fácilmente en dureza, terquedad y orgullosa dominación.

«Si la educación es una gran obra, dice Mr. Dupanloup, si es una obra moral de primer orden, un arte sublime y a la vez prodigiosamente difícil, es a causa del sujeto libre que se trata de educar y gobernar. He aquí porqué es indispensable la disciplina moral, esto es, dulzura, bondad, paciencia, condescendencia, al mismo tiempo que firmeza invencible.....

A los profesores jóvenes les es difícil persuadirse de ello. Si observan alguna falta o encuentran alguna resistencia en sus alumnos, se irritan. Es sin duda más fácil irritarse que ser paciente, es más corto amenazar a un niño que persuadirle, es más cómodo a la altivez e impaciencia humanas, herir que soportar con paciencia, aconsejando con firmeza y dulzura».

«Lo que importa, dice Fenelón, es hacer amar el bien de modo que se le quiera libre e independiente del temor servil. Ese niño es libre y puede rebelarse interiormente contra el maestro, despreciarlo y odiarlo aun plegándose bajo su mano.

Lo que importa es ganar su corazón, conquistar su afecto y estima y esto sólo se alcanza por medio de una firmeza dulce y prudente, constante y hábil».

No hay ley sin sanción; la idea de ley implica la idea de sanción; ahora bien: la sanción es el conjunto de recompensas y de castigos que garantizan la ejecución de la ley. Así, pues, las recompensas y los castigos son necesarios para hacer observar toda ley y, por consiguiente, el reglamento escolar. Los primeros pueden ser de varias especies: recompensas materiales, amor, honores, progreso y satisfacción del deber cumplido, y a esas recompensas corresponden los siguientes castigos: pena corporal, privación de cariño, penas de honor, privación de progresos y remordimientos de conciencia. Los premios no disminuyen en nada el mérito de la acción moral, pero sí la vician completamente cuando son su único móvil.

Las recompensas puramente materiales, deben proscribirse en lo absoluto. Sin duda la recompensa material es necesaria para los chicos del jardín de niños, pero no con mucha frecuencia. No olvidemos que el niño es naturalmente egoista e interesado y que no nos es permitido nutrir esos sentimientos.

Las penas corporales a veces son indispensables, pero no olvidemos que el maestro no puede nunca pegarle a un alumno.

Se puede atenuar los efectos de la recompensa material en los niños de cierta edad, haciéndola consistir en algo que corresponda a las necesidades intelectuales o morales: un libro, una caja de pintura, una visita a un establecimiento industrial o de beneficencia, etc.

En las escuelas de Froebel se mitigan los efectos de la recompensa material y penas corporales con algún otro sentimiento, y el más eficaz es el amor. He visto institutrices obtener disciplina perfecta de los pequeñuelos con sólo decirles frasecitas como éstas: si se portan bien lo haré saber a sus padres y ellos se alegrarán mucho—al que se porte bien lo querré diez veces más—estoy muy triste porque mis niñitos se han portado mal hoy, etc.

Pero los premios que consisten en el afecto de los padres y del maestro y los castigos correspondientes, tienen mayor valor con los niños que tienen el uso de la razón. Al mismo tiempo el sentimiento del honor, desarrollándose, proporciona al maestro un gran medio de recompensar y castigar; pero debe usar el maestro de mucha delicadeza, pues necesita mucho tino para hacer un elogio o desaprobación a la vez, justo y exacto; la aprobación, además, debe ser motivada por hechos que impongan respeto y provoquen la admiración hasta de los más celosos, sin lo cual se expone el maestro a excitar orgullo y vanidad en el elogiado y envidia en los condiscípulos, y así la recompensa, medio disciplinario, se convertiría en peligro moral.

La desaprobación inoportuna y sin tacto puede ser causa de protesta, pero de ninguna manera educativa.

Llegado a cierta edad, debemos procurar que el alumno se conduzca bien por el deseo de progresar y perfeccionarse. Así conseguiremos que se acostumbre a obrar bien aunque sus actos le hagan perder la afección de sus amigos y allegados y no le procuren ninguna ventaja honorífica. Serían, pues, recompensas, el poder consultar obras clásicas sobre las materias que estudia, poder presentar exámenes, ser recibido en una sociedad científica o literaria, de piedad o de beneficencia etc., y penas, la privación de leer una obra interesante, la expulsión temporal de la clase y, sólo en casos extraordinarios, la expulsión definitiva.

Sinembargo el deseo de progresar es un móvil egoísta y, por consiguiente, todavía falta dar un paso hacia la perfección: inspirarle el deseo de conducirse bien, ante todo, cuando es su deber y no por el provecho que de ello resulte, por noble que sea.

En ese caso el mayor castigo para el educando será el remordimiento de conciencia y la pena será tanto más grande puesto que es constante.

Agreguemos brevemente unas pocas observaciones: hay que evitar imponer como castigo las acciones buenas. Ciertos padres dan como pena a sus hijos mandarlos a la escuela y maestros hay que castigan a los alumnos obligándoles a estudiar una lección.

Debe evitarse poner al alumno en ridículo. Dichosamente ya pasó la época en que los alumnos, adornados de orejas de asno o con cartones que indicaban claramente su falta, eran objeto de la burla, no sólo de sus compañeros sino hasta de los extraños.

La sátira bien empleada, con oportunidad y delicadeza, es un medio eficaz de corrección. Pero debe referirse a la acción, y el niño, por poco inteligente que sea, no dejará de sentir y coger su parte.

No debe premiarse una virtud cuando el alumno está orgulloso de practicarla, pues la humildad es la condición esencial de todas las virtudes. Al contrario conviene premiar los esfuerzos del vicioso que procura corregirse.

Los castigos pueden ser privados o públicos. Privados por las primeras faltas del alumno como también por aquellas que puedan perjudicar el orden de la clase y la moralidad de los condiscípulos.

Públicos cuando las faltas atacan la disciplina y han sido causa de

que un vicio se propague entre los educandos; en este caso el castigo se hace solemnemente, para ejemplo de todos.

El rigor de la disciplina debe disminuír a medida que el educando avanza en edad.

La disciplina no puede ser la misma en una escuela primaria que en una escuela media, ni en ésta debe procederse de la misma manera que en una escuela de instrucción superior o profesional. La disciplina no puede ser la misma ni en los diversos grados de un mismo establecimiento; se ha de tener en cuenta en los grados superiores, el destino que espera a los niños según que continúen los estudios o entren directamente a la vida del mundo; pues en el último caso, si no se han acostumbrado a una libertad relativa en la escuela, o serán jóvenes tímidos incapaces de guiarse a sí mismos, o se sentirán arrastrados a grandes abusos.

II

Pasemos a las cualidades *intelectuales*. No se puede exigir del institutor una inteligencia extraordinaria, pero sí que tenga las facultades intelectuales bien desarrolladas y mucho sentido común.

Debe conocer ampliamente las materias del programa, pues es imposible enseñar a otros lo que uno mismo no sabe sino a medias. No basta que el maestro conozca las materias del programa, es necesario que sepa interpretarlo y aplicarlo inteligentemente.

Generalmente los programas son dados por los gobiernos con el objeto de uniformar la enseñanza y facilitar el trabajo del maestro; si éste los aplica con inteligencia y método, puede estar seguro de que sus alumnos adquirirán los conocimientos que se propone inculcarles y se le facilitará el trabajo subsiguiente.

En todo caso los niños deben ser tratados como hogares que hay que inflamar y no como receptáculo que se desea llenar.

Los programas deben de tener en cuenta el desarrollo natural del niño, sus diversas edades, sus progresos y hasta sus atrasos en ciertos casos.

Los atrasos son ocasionados por defectos naturales y por la falta de asistencia a las clases.

En algunos pueblos los padres de familia no envían sus hijos a la escuela durante la época de las cosechas, porque necesitan emplearlos como ayudantes. Es ésta una causa de atraso que se debe tener en cuenta al formar los programas escolares. Esto no sucede entre nosotros porque no se ha dado principio a la agricultura a pesar de la riqueza y fertilidad de la tierra, por lo que considero práctico y benéfico agregar a los programas un curso de agricultura teórica y práctica, dado por agricultores competentes, en los dos últimos grados de la escuela primaria. También es conveniente agregar a los programas de la escuela de niñas un curso de higiene infantil para los últimos grados de la escuela primaria, pues raras son las niñas que se pueden beneficiar de las ventajas que ofrece la escuela de maternidad de esta ciudad, mientras que la mayor parte están llamadas a ser madres de familia. A ese curso de higiene infantil en la escuela

primaria se le podría agregar uno más extenso para adultos frecuentado por jóvenes de más de 15 años, y madres jóvenes.

Es incalculable cuánto contribuirían estos cursos a limitar la mortandad de los niños y por tanto al aumento de nuestra población.

Aun no es suficiente si no sabe el maestro comunicar su saber; debe, pues, tener claridad y vivacidad en su exposición y método en su enseñanza.

Si el profesor sabe exponer clara y vivamente las materias y animar las interrogaciones, aumentará la atención de los alumnos y por consiguiente el éxito de su enseñanza.

Pasemos al método.—La palabra por sí sola rica de sentido, es de origen griego: *meta*, hacia, y *odos*, camino, y significa el proceder razonado que se sigue para hacer cualquier trabajo y llevarlo a buen fin. Pero en materia de enseñanza el método puede definirse así: el proceder racional y pensado que debe seguir el maestro, el conjunto de medios que debe emplear para asegurar la trasmisión de los conocimientos sin dejar de contribuír a la cultura de la inteligencia. Comprende, pues, el método, todo lo necesario y útil para dar una enseñanza verdaderamente buena.

La definición misma del método nos hace ver cuán grande es su importancia. El método es, en efecto, la condición esencial de éxito en todas las cosas. En materia de enseñanza, él hace la noble tarea fácil, y fecunda en buenos resultados.

Todos los grandes pensadores nos han legado pensamientos que ponen en evidencia la gran importancia del método.

Descartes se atreve a decir que «sensiblemente iguales en cuanto a los dones de la inteligencia, los hombres no difieren tánto en poder para la investigación de la verdad sino por el método que a este fin emplean».

Talleyrand afirma que los métodos son los profesores de los profesores y agrega: «verdaderos instrumentos de las ciencias, son para los maestros mismos lo que éstos para sus discípulos; son llamados a conducir a los maestros por la verdadera senda, a simplificar y abreviar el camino difícil de la instrucción».

«Obrar con método, dice Marión, es lo propio de un sér racional, en cuanto que corresponde al hombre hacer metódicamente lo que el animal hace sólo por instinto».

En fin, Pestalozzi, a pesar de su falta de método en la enseñanza, lo tenía en alta estima y exagera ese sentimiento cuando dice: «la institutriz, al menos en las clases elementales, debe ser simplemente el instrumento mecánico del método, el cual debe sus resultados a la naturaleza de sus procederes y no a la habilidad del que los practica». Pestalozzi olvida que los métodos son instrumentos y que éstos, por más perfectos que sean, valen según la habilidad del que los emplea. De ninguna manera quisiéramos hacer del instituto un autómata, ni del método un mecanismo que se substituye a la inteligencia y a las cualidades personales del maestro.

Sin embargo, apartando toda exageración, no se puede negar que el que procede con método tiene grandes ventajas sobre el que vive de inspiraciones, y esas ventajas son, entre otras, las siguientes:

1º Puesto que antes de comenzar ha determinado el fin que se propone alcanzar, corre menos riesgo de perderlo de vista y de errar el camino;

2º Habiendo meditado la serie de ejercicios y de operaciones que ha de hacer, tiene más probabilidades de no omitir ninguno y de hacerlos en tiempo oportuno;

3º Conociendo perfectamente el fin que se propone y los medios y ejercicios de que puede disponer, no depende más que de él adelantar lo más ligero posible.

«Un cojo en buen camino, decía Bacon, llega a su destino antes que un buen corredor que se extravía».

Se puede decir que el verdadero método de enseñanza tiene doble fundamento.

1º El método de enseñanza debe inspirarse siempre en la naturaleza de las facultades del alma, en las leyes y las condiciones naturales de su actividad, en la relación que existe entre ellas, como también en los medios de cultivarlas.

Esta aserción se justifica por sí misma.

Es imposible cultivar el espíritu y nutrirlo de conocimientos serios, sin poner en actividad las facultades mentales; éstas, como todas las facultades, no se desarrollan sino ejercitándolas.

La enseñanza debe provocar esa actividad, y para llegar a ese fin tiene que seguir el orden natural de desarrollo de las facultades, poner en práctica los medios más convenientes y los móviles a los cuales ellas obedecen.

Es evidente que el conocimiento y la aplicación práctica de la psicología, son condiciones indispensables de una buena enseñanza.

Del estudio de la pedagogía los pedagogos han formulado cierto número de principios generales que constituyen otras tantas reglas fundamentales de las cuales no puede prescindir el maestro sin comprometer más o menos la eficacia de su enseñanza; esos principios se puede decir que son el resumen de la metodología general.

2º En la aplicación de esos principios se debe tener en cuenta los caracteres propios de la materia que se enseña. En efecto, los medios que se emplean con eficacia en la enseñanza de una ciencia, pueden no dar resultado en otra; por ejemplo: no se enseña gramática como la historia, ni las matemáticas como la física. Se necesita, pues, variar los medios que se han de emplear en las diversas asignaturas y buscar los más apropiados para cada una de ellas. Este es el objeto de la metodología especial.

Sin embargo, según Descartes «El método es el arte de disponer debidamente de nuestros pensamientos, sea para descubrir la verdad cuando la ignoramos, sea para enseñarla a los demás cuando nosotros la conocemos.» De ahí que el método se presenta bajo un doble aspecto y presenta dos formas diferentes. En ciencias naturales para hacer conocer el principio de los vasos comunicantes, se hacen experiencias sirviéndose de varios vasos más o menos numerosos de forma y dimensiones diferentes, con líquidos de diversas naturalezas. Después de haber observado que se llega siempre al mismo resultado, se concluye: en los vasos comunicantes los líquidos de una misma es-

pecie se conservan siempre a la misma altura. Aquí, de la observación de casos particulares se ha llegado a la *correlación* de una ley general; se ha hecho uso de la inducción; hablando con más propiedad, se ha aplicado el método inductivo.

En el método deductivo sucede todo lo contrario: el profesor se apoya sobre verdades generales y definiciones, y después de haberlas explicado suficientemente, pasa a las explicaciones y a los casos particulares que de ellos proceden naturalmente. Pongamos este caso: después de dada la lección sobre los acentos ortográficos, se da a los alumnos una explicación y se les pregunta: «La palabra árbol lleva acento ortográfico? porqué?»; «el alumno recuerda la regla que le ha enseñado el profesor y responde: Llevan acentó ortográfico las palabras graves terminadas en consonante que no sea *n* ni *s*; árbol es una palabra grave que termina en *l*; debe, pues, llevar acento ortográfico.» En este caso se ha hecho uso de la deducción.

El método inductivo conviene sobre todo en la enseñanza de las ciencias físicas y naturales; el método deductivo en la enseñanza de las matemáticas. En la enseñanza de las ciencias políticas y morales se emplea indiferentemente uno ú otro de los métodos. Sin embargo, con niños de corta edad debe preferirse el método inductivo. De la aplicación de estos dos métodos proceden directamente el análisis y la síntesis..

El análisis es la descomposición del todo en sus partes. Se va del todo examinado en conjunto, por medio de divisiones y subdivisiones sucesivas, a estudiar las diferentes partes. Así, si quiero conocer bien un reloj, tengo que retirar cada una de las piezas que lo componen y examinarlas una después de otra.

La síntesis es el estudio de las partes para conocer el todo.

Después de haber examinado separadamente las partes de que se compone un objeto, se les reúne para mostrar el objeto mismo. En el caso de un reloj, después de haber observado separadamente cada una de las partes de que se compone, repongo cada una en su puesto para poder estudiar y comprender el todo. El análisis y la síntesis son aplicables principalmente al estudio de un todo verdadero cualquiera. Un objeto, un fenómeno, una frase, un trozo de lectura, un punto de historia y de geografía. No se debe jamás separar el análisis de la síntesis. Para hacer un buen análisis, es esencial proceder con orden: del todo a las partes principales, de éstas a los detalles.

III

Llegamos, pues, a las cualidades *morales*, las cuales son: buenas costumbres, firmeza, dulzura, paciencia, abnegación y prudencia.

Tal maestro, tales alumnos (tel máitre, tels éléves) dice el proverbio francés.

En efecto, el alumno imita más fácilmente al maestro porque lo tiene casi siempre a la vista y lo ve rodeado de confianza y de respeto.

Así, pues, está obligado a darles buen ejemplo, el cual es más poderoso que la enseñanza teórica, porque es una lección práctica.

El maestro, quiera o no, es un modelo para sus alumnos; debe tener, por consiguiente, una vida regular y tranquila y sus acciones no pueden ofrecer jamás nada de reprensible.

En la disciplina tuve la ocasión de hablar de firmeza y dulzura.

La abnegación, ese sentimiento que lleva al maestro a consagrarse enteramente en cuerpo y alma al bien de sus alumnos, es la principal cualidad moral del institutor. Puede decirse que es la marca que distingue al verdadero profesor del mercenario.

El verdadero institutor, hombre de orden, se encuentra en su clase antes de la hora, sus lecciones son preparadas a la hora debida.

Los alumnos están ocupados constantemente y hasta los menos dotados llegan a alcanzar buenos resultados.

La abnegación hace que el maestro ejerza una vigilancia activa y no se desaliente nunca; nada escapa a su vigilancia y todo le parece fácil cuando se trata del bien de sus alumnos. Nunca se muestra cansado, aburrido ni triste, sino, por el contrario, lleno de una alegría serena y grave.

Dichoso el maestro abnegado!

La prudencia es cualidad importante también. El maestro debe prever las consecuencias de sus acciones.

Sabrá también estudiar y profundizar los caracteres y las aptitudes de los alumnos, para llevarlos más fácilmente hacia el bien.

—

Tales son las cualidades físicas, intelectuales y morales que deben adornar al institutor si quiere que sus esfuerzos sean coronados por el éxito y corresponder a la confianza que en él han depositado.

Me he extendido sobre el método y la disciplina aunque no son sino consecuencias de las cualidades, porque me parecen dignos de consideración especial; sobre todo la disciplina, la cual, sin duda a causa del clima, se hace sumamente difícil en nuestro país.

No tenía la pretensión de comunicar conocimientos nuevos, pero sí deseaba sobremanera hablar con mis compatriotas de cosas que todos—padres de familia, profesores y futuros profesores—debemos conocer y conocemos.

LA HIGIENE DEL ALMA

Conferencia del Dr. Umberto Paoli

Señoras, señores, queridos alumnos:

Presentarme ante este público intelectualmente exquisito para desarrollar un tema tan arduo, como el que ha sido confiado a mi estudio puede granjearme la fama de audaz.

Hablar del alma infantil después que sobre éste tema inmenso, ilimitado se han escrito volúmenes sin número y han sido empeñadas luchas científicas acerbas y continuas por ilustres filósofos antes, y hoy por pedagogos eminentes y fisiólogos insignes, significa repetir lo que ha sido ya dicho de mil modos, alterar, condensando, lo que ha sido publicado con rico acopio de argumentos y de críticas..... puede, esto, en fin, parecer obra inútil.

Del alma infantil han hablado a vosotros, queridos alumnos, y hablarán con profundo conocimiento de causa y con valiosas disertaciones, mis queridos colegas, vuestros maestros también. Mis propósitos son mucho más modestos y el tema de un asunto tan importante y vasto sirve a ocultar en parte la pobreza de los pocos conceptos que expresaré y que son el fruto de observaciones hechas entre vosotros y para vosotros.

Vuestro maestro de higiene no abandona su campo, y así como muchas veces os ha dicho que esta importantísima ciencia, gloria de nuestro tiempo, tiene por objeto defender al hombre de un infinito número de enemigos poderosos que atentan contra su integridad....así hoy os dirá también que esta ciencia moderna tiene horizontes más amplios todavía, ya que, dejado el campo reducido de la materia, se arroja en el campo del alma y siembra allá también, su buena simiente.

Y el tránsito no parecerá tan brusco cuando se piense que entre materia organizada y alma no existe, para separarlas, un océano infinito.

Sea que se quiera considerar el alma como una energía *sui géneris*, autónoma, que no puede ser solamente fruto de vibraciones de células nerviosas,— de las cuales por el contrario es vida—y he aquí el

puro espiritualismo; sea que se considere como manifestación simple de la materia—y he aquí el puro materialismo,—es necesario convenir en que esta fuerza maravillosa, poderosísima, ignota, tiene con la materia íntima relación desde el momento en que no puede manifestarse sino a través de ella.

El cuerpo humano es un agregado de órganos que desempeñan funciones varias que se combinan y se unen entre sí: digestión, respiración, corazón, músculos, cerebro....he aquí la base física de la vida. Si estas funciones se alteran, si estos órganos sufren, si algún enemigo los ataca, todas las modificaciones anatómicas y funcionales se manifiestan por medio de la psiquis.

Los centros sensoriales de la vista son un espejo, los de la sensibilidad cutánea un instrumento de registros momentáneos, los del oído un resonador y nada más....pero cuando estos centros anatómicos están alterados, cuando el bisturí del experimentador los hiere, cuando una pequeña parte de sangre cuajada, al tapar una arteria, los anemiza, el alma pierde una vía magnífica de manifestarse y se altera profundamente. Apenas se presenta una enfermedad cualquiera, con alteraciones patológicas del intercambio orgánico, uno de los primeros síntomas es la debilidad intelectual que puede llegar a la casi completa atonía psíquica en la inconsciencia y en el coma.

Una simple influencia puede abrir el camino a alteraciones profundísimas de la psiquis y hacer de un artista fecundo un neurasténico con ideas fijas; de un poeta satírico, uno melancólico; de un genio un demente.

Un poco de whisky tomado la primera vez sin ganas, y con agua; tomado algún tiempo después con gusto, y sin agua; bebido más tarde con ansia, como agua, puede transformar el alma normal de una mentalidad sana en una pobre alma esclava del delirio, de las alucinaciones y de las persecuciones; puede cambiar un joven audaz y fuerte en un infeliz humilde y tembloroso que oye continuamente amenazas, alusiones e insinuaciones malignas, palabras de desaprobación y de condena; que ve hombres de aspecto amenazante, mecanismos de tortura, largas, infinitas bandas de insectos asquerosos que invaden su recámara, corren por las paredes, suben sobre su cuerpo ....puede llevar un hombre honrado y serio a la completa disolución de su carácter, al olvido completo de sus deberes, al abandono absoluto de la limpieza, de la educación, de la moralidad.

Y por otra parte, ¿las pasiones, las emociones, que son hechos psíquicos, no influyen directamente sobre nuestro organismo? Cuando nuestro ánimo está agitado por una emoción o roído por una pasión ¿no quedan alterados momentáneamente nuestros procesos circulatorios?

Como ejemplo tenemos el frío del miedo, la palidez del espanto, el rojo encendido de la ira, el orgasmo del amor. Una continua preocupación moral quita el apetito mientras que la paz completa del espíritu, la serenidad del alma, aumentan profundamente los procesos de asimilación.

Y tan conocido es vulgarmente este hecho, que el pueblo (no engañándose) juzga el carácter de las personas por su masa adiposa y

acostumbra a juzgar mejores, más pacientes, más cariñosos los gordos que los flacos. *No tomo personalmente ninguna responsabilidad en este asunto.*.

Las manifestaciones y la fisonomía de la psiquis varían también con las diferencias sexuales y con la edad, varían con las condiciones antropológicas de cada pueblo y son diferentes en éstos también, según el carácter étnico, según las condiciones sociales y topográficas.

La higiene del alma ,sería aquella ciencia que, conociendo profundamente todos los valores por los cuales la psiquis se modifica y se altera (ya en sus manifestaciones mentales, ya en las pasionales) buscara el modo de defenderla de todas las influencias dañinas, de circundarla de coeficentes útiles para su desarrollo y para su evolución.

Higiene del alma y educación deberían ser dos términos adecuados para indicar la misma función social aunque lastimosamente hoy son dos términos antagónicos: la educación, como hoy se imparte, es el enemigo más grande de la psiquis, apaga sus instintos en vez de ennoblecerlos, ahoga todos los impulsos mejores.

El verdadero educador debería ser como el médico que se acerca al enfermo, teniendo presente, en el pensamiento, la constitución anatómica, todas las leyes biológicas, el recuerdo de sus alteraciones y los medios aptos para establecer su normal funcionamiento. Debería ser un psiquiastra, pero a diferencia de éste no debería el educador intervenir cuando la psiquis hubiese ya sufrido alteraciones sino que debería impedir a las circunstancias el contrariar el trabajo de la naturaleza, que, de modo lento pero seguro, la plasma; debería guiarla, estimularla oportunamente en sus manifestaciones ascendentes para que llegara a los perfeccionamientos que constituyen los ideales de los individuos y de la colectividad; debería ser, en suma, el apóstol fiel de la higiene del alma. Y como tal debería conocer las vibraciones de la psiquis, los ritmos de sus revelaciones, toda la morfología de sus manifestaciones, teniendo presente siempre ante los ojos, como advertencia y guía, que el cuerpo y el alma no pueden vivir separados y que se perfeccionan mutuamente mientras van evolucionando.

El hombre adulto es el resultado acumulativo de las influencias que en el medio ambiente rodean, impresionándola, el alma del niño, alma simple que no sabe nada porque no es nada, pero ya que esta alma infantil crece y se plasma, tomando una fisonomía suya, especial en el conflicto de las relaciones sociales, el educador, conociendo transformando o creando la atmósfera social, conociendo las causas de las anormalidades del espíritu y los medios de evitarlas, podrá plasmar la psiquis de los hombres futuros y de la futura sociedad de modo que ésta pueda correr rápidamente hacia una éra de grandeza, de belleza, de felicidad, hacia los altos ideales en que espera al hombre su destino.

—

El primer deber de la sociedad es EDUCAR; el segundo, EDUCAR; y el tercero, EDUCAR..... Después de éstos, la sociedad tiene otros deberes, y muchos, entre los cuales principalísimo es el de instruír. Pero

EDUCAR, Y BIEN, importa antes que todo; y la sociedad futura no tendrá escrita otra divisa en sus banderas de lucha y de conquista.

Debemos convencernos de que no basta, sino que más bien es inútil, reprimir; es necesario prevenir, y hoy, al contrario, la Escuela no es sino la represión de todo lo que de vicioso y corrompido vierte en ella la sociedad con los niños que le confía; y la vida no es sino la represión de lo que de falso, de convencional, vierte en ella la Escuela con los jóvenes que le manda.

Educar significa preservar el alma; instruír significa enriquecerla. Por medio de la educación los animales pueden modificar las tendencias instintivas y adquirir nuevas; la humanidad puede elevarse siempre más aumentando perennemente la aptitud para el perfeccionamiento.

Que a las penitenciarías infantiles se sustituyan poco a poco los institutos de educación.....que éstos con el tiempo sean reemplazados por la voz sabia de la madre y el ejemplo del padre.

El hombre ejecuta el crimen, pero la sociedad lo prepara; la educación solamente puede arrancar del seno de la sociedad el germen del mal.

Es verdad que de frente a esta lisonjera esperanza, no faltan los escépticos, los gruñones eternos. Entre otros ha habido quien ha dicho: «Poned niños ingleses en la cuna de niños españoles sin que nadie perciba esta sustitución, hacedlos criar por nodrizas españolas, dadles educación española, y su índole quedará inglesa, como si hubiesen sido criados y formados en la tierra de origen.» Los hijos de los criminales deben fatalmente cometer un crimen.

Otros, a su vez, han pensado que el niño, cuando nace, es como un pedazo de greda, que se puede plasmar a voluntad y que los dedos del artista pueden modelar de modo que se pueda figurar un ángel o un demonio, han pensado que el carácter puede formarse por extratificaciones, por superposiciones.....así como se formó la costra terrestre.....de modo que la última extratificación, la más superficial, esconda a todas las otras. Y, según éstos, la educación sería el trabajo de extratificación.

Exageración en los unos y en los otros.

Lo cierto es que los niños abandonados a sí mismos son faltos de moral y que existe una analogía profundísima entre la psiquis infantil y el alma de los salvajes, de los hombres primitivos.

Con el desarrollo del embrión se repiten todas las formas a través de las cuales pasaron los progenitores de la especie humana, así en el desarrollo de la vida infantil recorre el alma toda la escala evolutiva de la humanidad. El niño llega (al principio de su desarrollo psíquico) a donde llegaron los antropomorfos con su desarrollo completo.

La crueldad con los animales, la manía de destrucción y de los pequeños robos, la facilidad de la mentira.....son instintos salvajes.

El sentimiento prepotente de su conservación, el egoísmo más exagerado, la instabilidad de las simpatías, el amor interesado por aquél que le regala; la amistad solamente para aquellos que cooperan a su bienestar, que los divierten, los distraen, los alegran.....son instintos salvajes.

La refractariedad al dolor físico, que va acompañada siempre de una maravillosa facilidad de curarse de las heridas.....son caracteres de los primitivos y de los salvajes.

¿Qué es lo que detiene todos esos instintos, lo que los modifica, lo que los somete a las exigencias sociales? La educación, solamente la educación, por medio de la cual se favorece, se facilita la obra de la evolución, por medio de la cual se hace más intensa, superponiéndole la humana, a la obra de la naturaleza.

Hasta las energías más preciosas que viven escondidas en el alma infantil, deben ser extraídas de esta alma y reveladas. Así como ninguna semilla, ningún germen animal, aunque contengan en estado embrionario una fuerza creadora poderosísima, se desarrolla en el vacío, sino que necesita para exteriorizar toda su inmensa energía vital, de un cúmulo de coeficientes aptos para formar su medio ambiente, así ninguna alma humana, aunque fuese el fruto de la selección de hombres moralmente perfectos, daría prueba de sí, fuera del medio ambiente adecuado.....

Corre en nuestra sangre todavía y tiene surcos profundos en nuestro cerebro, el instinto animal de los progenitores. Es la misma energía en virtud de la cual crece salvaje el tigrillo—hijo de dos tigres domesticados—cuando se echa a la selva.....es la misma energía en virtud de la cual da flores sencillas, sin la magnífica belleza alcanzada por la planta madre, la semilla que sacada de una rosa espléndida, crecida bajo los cuidados del jardinero en la estufa, vuelve a caer en el campo bajo la lluvia y el sol ardiente.

Los delincuentes no son sino niños en poder de sus instintos perversos.....habrá existido en ellos más que en otros los impulsos criminales del atavismo, lo admito, pero estos impulsos podían venir corregidos, modificados, anulados por la sociedad que lo hubiese querido.

Muchos odian a estos desgraciados que transportan la cadena pesada del presidiario mientras yo siento por ellos profunda piedad. Y esto, porque mientras muchos consideran solamente el libre arbitrio de sus actos y atribuyen solamente a éste la culpa de sus crímenes, yo me pregunto si esta culpa no puede atribuírse a la sociedad que los ha dejado crecer en la calle como perros gandules en vez de recogerlos y no ha sabido modelar su alma, rica de animalidad inconsciente, para hacer de ella una alma hábil en el freno y fuerte en el dominio de sus instintos salvajes.

Eduquemos, pero eduquemos a tiempo; educar pronto significa tallar un brillante, educar tarde significa escribir sobre el lecho de un río. Interrogado Legouvé sobre cuándo en la mente de toda madre debía principiarse la educación del niño, contestó: «Antes que nazca». Frase sagrada, digna de ser grabada en la puerta del templo para ser adorada, en la puerta de la cárcel para ser deplorada, *en la mente de toda madre* para que la asuma como enseña de su vida.

Desde los niños que son abandonados apenas salen a la luz hasta aquellos que la miseria o la inconsciencia o el ejemplo de los padres empujan desde muy tierna edad a la vía del bandalaje, en la cual se encuentra la prostitución o el crimen o la muerte precoz, en un hos-

pital, existe para la infancia una odisea terrible, que constituye una barrera infranqueable a la completa regeneración social.

La maternidad ilegítima, con sus privaciones y con sus remordimientos, con el hambre y con la desesperación, con los vicios que siguen siempre al abandono, a la miseria, es la primera causa de pervertimiento de la infancia que absorbe la leche pobre del pecho escuálido de la mujer que sufre—que oye entre los primeros sonidos y aprende los sollozos, las blasfemias, las infamias que en su cerebro tierno van grabando con fuego las imágenes de vicio y de corrupción.

Por aquí se necesita principiar, por respetar a la mujer, por defender la madre, por oponerse a la corrupción, por legalizar el amor.

Se necesita principiar por disminuír la cohorte de aquellos desgraciados que gritan venganza y que son una mancha infame para la sociedad civil: LOS HIJOS SIN PADRE; LOS HIJOS DE NINGUNO.

La escuela.....la escuela.....se grita y se indica desde todas partes como si la escuela fuese el *loca y sana* de todas las gangrenas que roen la sociedad moderna..... La escuela, sí, tiene una grandísima función que cumplir, tiene un grandísimo programa de redención que desarrollar, pero la escuela no sirve cuando llegan a ella almas profundamente corrompidas. La sociedad.....la sociedad.....contesto yo. Hacer un alma es fácil.....rehacerla destruyendo todo surco dejado por el mal, es casi siempre imposible y siempre soberanamente difícil.

Hoy la corrupción, y en Panamá como en otras tierras (no hagáis cargo de mi sinceridad que expresa una dolorosa experiencia), penetra por mil poros en el alma del niño....y penetra desde la más tierna edad....fatalmente....como una enfermedad contagiosa.

La escuela....la escuela....la escuela tiene sus culpas, y las veremos más tarde, mas ésta no es culpa suya.

Si esperamos para educar a un niño cuando va a la escuela, cuando tiene diez años, después que ha estado en abandono por las calles y ha vagado en busca de pequeños robos, abandonándose a maldades sin objeto, ultrajando viejos inermes y animales inofensivos....¿qué queréis que haga la escuela?

Si esperamos para educar una niña cuando va a la escuela, cuando tiene diez años, después que ha absorbido lo que de más podrido y corrompido vierte la sociedad en la calle, cuando ha aprendido a echar miradas que son chispas de fuego impuro que está por estallar, ¿qué queréis que haga la escuela?

Penetremos en aquellas casas horribles, sin aire y sin luz donde se alían la miseria, el hambre y la tisis, y veremos en una sola cama una masa informe de carne, donde se mezclan brazos y piernas de niñas y niños en una promiscuidad horrible y saquemos entonces aquellos míseros seres y transportémoslos al aire y procuremos limpiarlos del vicio y veremos cómo está grabado en sus almas y nos convenceremos de que es más necesario prevenir que corregir.

Se necesita educar, pero esta educación no puede darse solamente en la Escuela, ya que aquélla no está hecha de aforismos y reglas sino de costumbres, no de axiomas y leyes sino de obras.

La Sociedad y el Estado deben educar antes que todo. Quien diri-

ge la fortuna de los pueblos y no entiende este supremo deber, es digno de ser ahogado por la venganza feroz de las masas inconscientes.

Se necesita combatir contra la miseria en todas sus formas. Se necesita oponerse al vicio en todas sus manifestaciones (de 300 delincuentes, 100 son hijos de alcohólicos). Se necesita penetrar en los rincones más escondidos de la ciudad y allí llevar aire, luz y pan.

Inútiles las escuelas ricas con bancas higiénicas, cuando los niños han contraído ya la tisis en chozas horribles. Inútiles los sabios consejos de moralistas teóricos cuando los niños han manchado ya todo el candor de su alma con el barró más negro de la vida.

La CASA-CUNA y otras obras de beneficencia, que algunas almas piadosas van proponiendo, son todas obras nuevas, pero son paliativos ligeros.

Las obras de beneficencia como éstas, son substancias olorosas exparcidas en la boca de una cloaca; impiden por un momento que se sienta el mal olor, pero no detienen la obra de descomposición.

Todos aquellos grandes edificios en que se levantan unidos tantos pobres seres, además de ser más tarde causa de profunda humillación para aquel que creció allí, sin padres y sin casa, como una bestia de manada, no son nunca productoras de verdadero bien.

El cuidado del niño, de un solo niño, exige una energía inmensa, necesita tener el alma toda absorbida en él, como el pintor en su pintura, como el músico en su obra, como el hombre de ciencia en su ciencia.

El niño al venir al mundo trae en sí toda la herencia de las generaciones que lo han precedido, modificada por las leyes de adaptación. Pero al mismo tiempo el niño representa una variedad del tipo y necesita que especialmente esta variedad, esta individualidad, se desarrolle con toda su energía. El niño crecido en estrecha colectividad no tendrá iniciativa propia, no tendrá personalidad marcada y será más tarde fácilmente presa de sugestiones que pueden llevarle al crimen o asociarlo al delito de otros.

Altisonantes discursos oficiales, artículos de periódicos de toda clase y de toda secta, psicólogos de café y sociólogos de plaza, van hoy por el mundo predicando que la educación del niño es un deber sagrado al cual no se debe faltar.... mientras sinceramente a la sociedad, a la escuela, a la familia no importa nada de eso y todos parecen repetir la frase de un bello espíritu que decía:

«¿Porqué debemos trabajar para nuestros descendientes cuando ellos nada han hecho por nosotros?»

La teoría de la evolución, de la cual con tanto saber y habilidad habló el ilustre colega Marquís, debería servir no sólo para hacernos conocer los estados por los cuales ha pasado el hombre antes de llegar a lo que es, sino que debería hacernos pensar también que el hombre tiene delante de sí un campo inmenso de transfiguraciones y de mejoras y debería hacernos conocer el deber que tiene cada uno de nosotros de influir de modo de hacer desarrollar más rápidamente las faces de nuestra evolución y de hacerlo llegar, ya que Nietzche dice QUE EL HOMBRE ES UN SÉR TRANSITORIO ENTRE EL ANIMAL Y EL SUPER-HOMBRE, a este estado último de grande superioridad.

«RECUERDA», es Nietzche quien habla al hombre, «QUE DEBES NO SOLAMENTE REPRODUCIRTE SINO TAMBIÉN MEJORARTE».

«DEBES CREAR UN CUERPO SUPERIOR, UNA RUEDA QUE SALGA ESPONTÁNEA, DEBES CREAR UN CREADOR». Cuando la sociedad haya acompañado al niño desde la infancia hasta la edad de la Escuela y haya impedido que su alma se manche en el vicio o tome un camino hacia el mal, entonces la escuela podrá asumir la entera responsabilidad de los valores psíquicos que le sean asignados y modelará conciencias sanas en hombres honrados y cultos, si bien organizará o pervertirá conciencias sanas hacia el crimen y el vicio, si mal organizada o dirigida.

No hablaré de la primera enseñanza, antes de todo, porque de ella habló con profundo conocimiento de este tema la distinguida señorita Tejada; en segundo lugar, porque no quiero que mis ideas de modestísimo cultivador de la higiene y de médico, ideas contrarias a las que rigen en la Escuela hoy, puedan granjearme la fama de crítico sistemático.

Recordad solamente, mis queridos alumnos, ya que dentro de pocos días, lejos de aquí, principiaréis vuestro apostolado de educadores, que el niño no debe sufrir, no debe llorar nunca por culpa de vosotros. No le peguéis nunca; el fuerte que pega al débil es un cobarde siempre, y es un cobarde asqueroso si esconde la responsabilidad de la falta bajo la inmunidad del magisterio.

Dad a los niños el máximum de felicidad, privadlos de dolores, hacedlos vivir lo más posible un ambiente de ternura y de seguridad; aprovechad el valor que en ellos tiene la costumbre para hacer que las costumbres de disciplina, de afectividad, de amabilidad, formen su carácter; servíos, en suma, de los elementos que el niño tiene en sí para desarrollarlos en su ventaja exclusiva y modelar poco a poco el alma infantil hasta convertirla en la de un hombre sereno y templado.

Este debe ser vuestro único programa de hombres de corazón y de talento, cualquiera que sea vuestro programa de maestros.

Así como el valor de una obra es hoy con frecuencia calculado por el número de volúmenes que la componen....a peso, casi como las papas y el salchichón, así la importancia de una escuela secundaria es juzgada por el número de las materias que en ella se enseñan... Se preparan alumnos para los exámenes y no hombres para la vida....Se importan programas íntegros de otras naciones, sin preocuparse mucho ni poco en adaptarlos a las facultades de asimilación y al poder de resistencia individual de los alumnos, en relación con la raza, con el clima, con la costumbre atávica para el estudio, y sobre todo con la evolución y las necesidades sociales del pueblo para el cual el programa debe servir.

Método alemán....método francés....método inglés....método español....método chino....son magníficos todos, pero lo que es necesario es un método que se acomode al espíritu nacional.

El plan de estudios debe representar aquello que una nación necesita en el momento histórico especial en relación con lo que la men-

talidad juvenil puede dar, mirando siempre a los destinos hacia los cuales una nación está llamada.

Una aglomeración de materias, todas las materias posibles enseñadas a un alumno solamente por el lujo de decir que en aquella escuela se estudian quince, veinte asignaturas, constituye para mí, además de un error social, el abandono más completo de la higiene psíquica del joven estudiante.

La vida social está considerada en los diversos pueblos de modo diferente; porque éstos tienen un temperamento que no es el mismo para todos ellos.

Y la Escuela debe reflejar precisamente el alma de la Nación en sus finalidades sociales y en la cultura, porque si (como afirma el Lázarus) la esencia verdadera de una Nación está en su conciencia y en su voluntad, la una y la otra se preparan en la Escuela.

En su desarrollo histórico, una nación habrá que sobresalga en las ciencias puras y aplicadas; otra que pruebe y produzca las delicias del arte; otra que parezca la depositaria de los mejores sentimientos de derecho y de igualdad, de solidaridad y de elevación política; otra sobresaldrá en el comercio y poseerá el espíritu de conquista. Todo eso deben saber y conocer profundamente aquellos que dirigen la instrucción de un país, porque de la consideración de este factor, del diagnóstico pensado y estudiado del temperamento social, debe surgir el plan de estudios de la escuela.

Se me puede objetar: ¿no se puede cambiar el carácter de una nación? ¿No se puede dirigir hacia nuevos horizontes el alma de una raza?

Se puede, pero lentamente, de otro modo se corre el riesgo de concluír como aquel que para digerir mejor pensó en imitar el avestruz y tragó piedras.

Ahora, la fisonomía de una sociedad es el resultado y la causa de las manifestaciones psíquicas de los individuos que la componen, manifestaciones que son el resultado de vibraciones, de transformaciones, de combinaciones innumerables que se verifican en la corteza cerebral.

Un método, un trabajo mental que vayan contra las costumbres atávicas, debido a las cuales se desarrollaron especiales centros y surgieron aptitudes instintivas en los componentes de una sociedad, exigen naturalmente de éstos un esfuerzo exagerado y pueden ser causa de alteraciones anatómicas y funcionales en la esfera del sistema nervioso, tanto más cuanto es generalmente conocido el hecho de que los órganos en vía de desarrollo son más fácilmente expuestos a sufrir estas alteraciones.

No olvide Panamá que si desea adquirir energía siempre nueva, debe, como el gigante Anteo, tocar la tierra....esta riquísima tierra que esconde tesoros sin número, una fortuna sin par.

Una Escuela de agricultura, una Escuela moderna donde el alumno pueda al mismo tiempo tratar de ciencias teóricas y observar las aplicaciones prácticas, donde pueda aprender cómo se siembran las plantas y cómo se multiplica el ganado, donde esté obligado a trabajar la tierra y a correr detrás de la manada sobre caballos indómitos,

será fuente inagotable de fortuna para la República, que necesita más de agricultores fuertes y hábiles, que de teóricos inútiles, sin voluntad y sin fuerza.

Entre otros errores se comete en las escuelas modernas con frecuencia, el de considerar el valor del alumno por los conocimientos acumulados con grandísimo esfuerzo de memoria más bien que por el método adquirido en el trabajo, no poniendo atención al lado orgánico, a las relaciones que hay entre materia y espíritu.

Los pedagogos nos piden con frecuencia cuál es el máximum de trabajo que puede ejecutar un niño....ellos piden el máximum mientras a nosotros nos falta casi siempre el mínimum necesario de libertad y de ejercicio al aire libre. Existe casi una lucha constante entre nosotros y los pedagogos. Nosotros queremos que de la Escuela salga un joven audaz, listo al salto y a la carrera, porque sabemos que de él podemos hacer un hombre útil y hábil en la lucha por la vida.... Ellos quieren mejor un megalocéfalo....un monstruo todo cerebro.... Esto da como resultado que salen con frecuencia de la escuela pobres seres sin fuerza ni vigor, pobres cuerpos escolióticos y raquíticos o poetúcolos con el alma de Werther que, faltos de sangre caliente y de energía muscular, cantan a los 20 años en versos *corós* la voluptuosidad del dolor y de la muerte, verdaderas mostruosidades, como las llama Mathieu, sin espíritu ni genialidad que justifican la pregunta chistosísima hecha por un francés a un joven: «¿CÓMO, UD. DICE NO HABER IDO NUNCA A LA ESCUELA? PERO ENTONCES PORQUÉ ES UD. TAN IDIOTA?

La inteligencia es la flor del organismo como la cultura es su perfume, pero se necesita también un rico manojo verde de hojas y un color vivo en la flor para que la planta sea apreciada y mirada.

Los atletas, me decía un colega amigo querido, a quien la naturaleza [illegible]

de noviembre, y estamos en un país tropical. Se necesita pensar profundamente en todo eso si no queremos que la raza vaya rápidamente decayendo y si no deseamos que se desarrollen, especialmente en los planteles de enseñanza femeninos, serias enfermedades nerviosas.

Recordemos que Licurgo decía: «que la fuerza de un pueblo está en el cuerpo de la mujer fuerte» y sin llegar a la reforma de Grutwig que quería para las niñas un año de descanso cada año de escuela, no descuidemos el gravísimo problema.

Encontrado un buen método y hechos buenos planes de estudios y programas, se necesitan buenos maestros.

Como se juzga con frecuencia un autor por el número de las obras que ha escrito, sin considerar si lo que en ellas ha puesto merece atención o son desahogos inútiles y estúpidos de un mamarracho, o robos de un plagiario descarado, así se acostumbra frecuentemente por el pueblo de muchos países el considerar la bondad del profesor por el número de clases que dicta al día, al mes y al año, y se acostumbra pagarlo a base del número de horas que pasa en la escuela. Si estas horas son gastadas en charlas y en engañar a los alumnos, en mentir en nombre de una ciencia que no se conoce, no importa.

El tal señor profesor o maestro estuvo encerrado tantas horas? Bien, es justo que sea pagado. Casi como un guardián de ovejas y de vacas.

Que el resultado es negativo, que los alumnos mismos comprenden la ignorancia más descarada del profesor, que existen pruebas de su incompetencia como educador y como maestro, no importa. Pasó sus horas en el potrero escolar? pues bien, que se pague, es un magnífico pedagogo.

Y no se comprende en esos países el daño inmenso que se procura con ese método a la sociedad moderna? Además de no aprender los alumnos las materias que el maestro tramposo está llamado a enseñar y no enseña, porque es incompetente, aprenden a mentir, a fingir, a violar la buena fe del prójimo, aprenden que podemos ser tenidos por lo que no somos cuando a la ignorancia se acompañe una buena dosis de valor y de audacia.

En la América latina eso pasa más que en Europa.... y esto en Europa se sabe y de ello se ríe a carcajadas, inventando o relatando un sin número de cuentos que dan por resultado el poner en una situación poco digna y nada envidiable los buenos maestros y sabios profesores que merecen toda consideración.

Un camarero de un profesor de medicina italiano, se escapó robando todos los documentos de su patrón, y, debido, un poco a la viveza de de su inteligencia, un poco a la estupidez del cerebro ajeno, llegó a ser nombrado en América, en una república americana, profesor de ginecología y obstetricia; y fué defendido por el gobierno de aquella república cuando al auténtico profesor descubrió el paradero del ladrón tramposo y pidió su incriminación y su condena. ¿Cuántos camareros afortunados no se encontrarán en América? Todo eso debe cesar por la dignidad de la Escuela Americana y por la dignidad de los buenos que a esta Escuela consagran su inteligencia y saber.

Es muy fácil comprender que no es el número de las horas pasadas

en la clase por un maestro, lo que trasforma el alma de un alumno y lo que hace de un ignorante un sabio, de un débil un fuerte, de un inepto un luchador en la vida, sino el apostolado del maestro que enardece los corazones de los alumnos, que hace evolucionar su espíritu, que vierte en ellos el profundo amor por la ciencia.

No es buen maestro aquel que de su ciencia no se hace apóstol. Lo que se dice en una clase, se encuentra escrito bien, y quién sabe si mejor, en los libros, pero no es esto solamente lo que la sociedad pide al maestro. De él desea que sepa educar, que sepa desarrollar la mente, sin olvidarse de los músculos, que sepa hacer del alumno, no una pequeña plantita perfumada, sino una encina audaz que desafíe las nubes en la cumbre del monte solitario y nevoso.

Los buenos maestros deben ser apóstoles. Pero del apostolado no deben poseer nunca ni las violencias de la tiranía ni las de la intolerancia. El apóstol se consagra enteramente a su obra y por el deseo de defenderla puede enfadarse.... prevaricar.... todo eso es humano. Tiranía.... intolerancia son pasiones humanas.... muy humanas.

Pero si intolerancia y violencia son casi inevitables en el apostolado religioso y político, los apóstoles de la ciencia deberían ser siempre extraños a ellos y quedar siempre lejos de ellas.

La fe religiosa se espacia en la órbita invisible e indiscutible del misticismo y necesita de su templo y quiere en el sacerdote el soldado que la defienda a costa también de su sangre. El templo de cualquiera religión es una fortaleza defendida por el dogma, que no se discute, por aprioriswos, que no se tocan. Y el apóstol, que es el sacerdote, debe tener lejos de allí, de cualquier modo, al crítico que compara, al escéptico que duda y sonríe, al científico que analiza.... Son enemigos éstos todos, que podrían derribar la integridad del edificio que tiene raíces ideales.

La política es todavía más tirana.... en ella.... en su nombre, se encuentran frente a frente y se agarran varias falanges que aspiran a la supremacía, en la cual rara vez está encerrada la gloria y muchas la avidez del dinero.... Allá es la lucha bestial de la concurrencia.

Pero la educación científica y moral debería ignorar todos esos vicios, ella, que no posee dogmas, ella, que no tiene aforismos indiscutibles, ella que ofrece hasta sus leyes más axiomáticas a la crítica universal.... ella que no se opone a su trasformación, ella que tiene como templo la escuela y como término el mundo.

Los dioses se han expulsado unos a otros del templo: Jehová aterró el becerro de oro; Cristo expulsó los dioses del Olimpo; Lutero se sublevó contra Roma y Mahoma combatió al Mártir de Betlhem.

En esa guerra de dioses, permanece siempre en pie, junto con el deseo de un más allá, que indica el terror de la mente humana frente a lo ignoto, la ciencia con su templo: la Escuela.

En este templo nosotros los educadores, los que somos dignos de llamarnos así, hagámosnos adoradores de la verdad y amémosla con entusiasmo y en nombre de ella expulsemos a los mercaderes, y enseñémosla con ardor, pero sin fanatismo, sobre todo con amor; y en el culto de ella llamemósnos hermanos maestros y alumnos, existencias que transmontan, existencias que surgen.

Perderme aún más en palabrería abstracta parece retórica inútil; si las conferencias deben hacerse, creo que es para que de éllas se pueda de un modo o de otro sacar alguna deducción práctica.

Percibo en la nueva generación panameña, como el más grande peligro que la amenaza y que requiere pronto y eficaz remedio, junto á una debilidad orgánica acentuada, una grande indiferencia por su futuro y por el futuro de su tierra:—No existe la vislumbre de nobles ideales, no existe la esperanza de grandes cumbres que conquistar, ni la voluntad férrea para llegar y triunfar.

Para muchos jóvenes la última meta de su vida es un empleo de cien pesos al mes, o un destino en el monte salvaje, entre gente inculta, como maestros modestos y olvidados.... Aquellos que miran más alto, miran a empleos más ricos....aquellos que llegan al máximum de las aspiraciones íntimas y fuertes, piensan en un consulado en el exterior para ver a París, el gran París de las «Medinettes» y de «Maxim».

Soy duro, mis queridos alumnos, pero vosotros, que desde hace cuatro años me veis diariamente como un padre, como un hermano mayor, vosotros conocéis perfectamente mi carácter y no ignoráis que yo soy duro y sincero, porque os quiero de veras.

El ejército es un grandísimo factor de disciplina, es un potentísimo creador de energías morales, es un abono riquísimo para el amor de patria.

Un pueblo desarmado, que vive tranquilo por su porvenir, porque sabe que será protegido por un pueblo más fuerte, pierde poco a poco su independencia moral, pierde poco a poco todo el tesoro de sus idealidades, se conforma con su suerte, que él cree magnífica, y se debilita, se afloja, se vuelve esclavo....lenta....pero fatalmente.

El amor a la patria está hecho de un conjunto de sentimientos distintos que no se pueden fácilmente enumerar y describir. Sirve para agigantar este amor el pensamiento de que nuestros padres la cimentaron con su sangre, nuestra voluntad de conservarla libre y el pensamiento de que nuestros hijos sabrían defenderla a costa de la vida.

Y cuanto más pensamos que son numerosos y potentes sus enemigos, cuanto más inminente vemos el peligro de que esta patria nos sea robada, de que su estandarte sea arriado para siempre, tanto más amamos aquel pedazo de tierra y aquella bandera sagrada.

Mas cuando penetra poco a poco en nuestra alma la convicción de que la patria está segura, de que no será atacada y de que por eso no necesita defensa; que otros, si es necesario, la defenderán, empalidece en las masas, junto con el vivo amor por ella, la potencialidad moral, la capacidad orgánica para la lucha a todo trance....se atrofian las fuerzas de la voluntad, las de los músculos, y sobreviene la indiferencia, la inercia, la agonía de todo entusiasmo.

Es ley ésta que se repite fatalmente en todo sér que vive, desenvolviéndose. Y la gran derrota, el desmembramiento de la Turquía, permitidme esta digresión de pobre filosofía histórica, son debidas a la creencia que tenía este coloso militar de que la Europa no permitiría nunca la modificación de sus límites respetando el «statu quo».

Ahora es necesario hacer algo en este campo ya que la energía moral, la fuerza pasional, son virtudes como la energía y la fuerza del músculo; deben ser despertadas, ejercitadas, aumentadas.

Recordad, muy queridos alumnos, que aunque el mundo proceda ascendiendo, las naciones fluctúan en su fortuna; aquel que hoy parece destino eterno de un pueblo, mañana será considerado como un episodio ya pasado.

Recordad que vuestros músculos, la fuerza de vuestra alma, la firmeza de vuestra voluntad, que hoy juzgáis inútiles, mañana os puedan ser pedidos en pro de la patria o de otra tierra amiga.

Recordad que si vuestro destino no os llama a la lucha, puede ser que vuestros hijos sean llamados a ella. Recordad que vuestra sangre, que corre pálida y débil y lenta en vuestras arterias, correrá debilísima (es ésta una ley que no falla) en aquellas de vuestra raza futura....recordad todo eso y paraos sobre el declive peligroso por vuestra dignidad de hombres hoy, y mañana por vuestro buen nombre de soldados.

La Gimnasia es el gran remedio: los juegos libres en los niños, el deporte en los jóvenes.

Los primeros necesitan desahogar su fantasía, imponerse con su voluntad, ejercitar su pensamiento autónomo, formar su carácter....

Es completamente falso para mí que los ejercicios libres resulten inútiles; hay siempre en las comitivas que se forman espontáneamente, un niñito franco, audaz, que asume la dirección de los compañeros, así que sus juegos resultan siempre con cierto orden. Lo que es también moral y esencialmente provechoso porque los niños encuentran de tal manera reunidos el atractivo de la libertad, de la voluntad y la solidaridad de la inteligencia; fuerzas todas a las cuales obedece la sociedad.

Es la voz ronca de la pobre maestra que grita a todo pulmón e interviene y corrige a cada rato, lo que a mi parecer representa un daño verdadero para la infancia, ya que los juegos impuestos, mandados, formales, generan el fastidio y éste genera el cansancio, que a su vez acciona sobre el sistema nervioso y lo debilita y lo aniquila.

Los jóvenes, al contrario, que durante los primeros años dieron libre desahogo a su voluntad, tienen necesidad de aprender a dominarse según los momentos, de hacerse dueños de sus instintos, de refrenar sus impulsos, de disciplinar su voluntad. El deporte es un medio magnífico para aumentar el poder de inhibición, para favorecer la costumbre de dominar ciertos movimientos, para educar los músculos y saberse decidir ante un cúmulo de estímulos internos y externos de igual fuerza, que constituyen la incertidumbre, adquiriendo así una magnífica prontitud de reacción.

La gimnasia como fin de sí misma es estéril en resultados.

Subir sobre una cuerda.....hacer un salto.....puede ser buena gimnasia cuando el subir sobre una cuerda no tenga por objeto imitar la habilidad de un mono o de un saltimbanqui, y hacer un salto, imitar la agilidad de un perro de cacería, mas cuando tenga por objeto superar a otro, cuando sea acompañada por el esfuerzo de la energía moral, de la personalidad psíquica. Y digo esto después de observaciones que desde mucho tiempo vengo haciendo entre estos buenos muchachos.

A pesar de la belleza de nuestro gimnasio, que nada debe envidiar a los gimnasios de los Institutos más importantes, no son fácilmente concebibles las excusas que llevan los alumnos para no asistir a la clase de gimnasia; cuántas enfermedades inventan y con cuánta habilidad y con qué derroche de fantasía buscan el modo de engañar al médico y al maestro, manifestando a través del cúmulo de mentiras una sola verdad: el aburrimiento profundo por los ejecicios físicos.... y se comprende en parte.

Los antiguos griegos debieron a la gimnasia, pero a los concursos gimnásticos en público, la grandeza de su patria y la potencia. Eran tan admirados los vencedores de aquellos desafíos, que los triunfadores de las Olimpiadas eran inmortalizados con estatuas.

Por mucho tiempo Pitágoras, el fundador de la escuela itálica de Crotona y Pitágoras escultor, dieron el impulso mayor al arte gimnástico. El uno creó y perfeccionó aquel ambiente que nos dió los más célebres vencedores olímpicos: los crotoneses; el otro tradujo por el primero en el mármol la idealidad del alma helénica eternizando la virtud de una estirpe fuerte y gloriosa. Además de su grandeza, debe la Grecia a la gimnasia la perfección del arte escultórico, porque don-

de los cuerpos estaban modelados por la gimnasia de modo perfecto, no podían existir sino esculturas maravillosas.

El discípulo de Mirone, el discípulo de Alcamone, los luchadores del museo de Florencia y otro y otro infinito número de atletas y de discóbolos, no pueden haber surgido más que en un país donde la gimnasia era un arte.

El Becq define maravillosamente la asociación espiritual de los griegos con la cultura física, cuando dice:

«El orgullo del griego antiguo era conservar en todos sus movimientos la gracia y la pureza de una bella estatua, a pesar de que el sudor, el barro, el polvo, la sangre misma mancharan su cara y su cuerpo y la vehemencia del ejercicio le hiciese jadear el pecho. Tal orgullo es tradicional en todos aquellos que hoy dan público espectáculo de su fuerza y de su agilidad, solamente lo que entre nosotros no es sino una pretensión de acróbatas, era entre los griegos un sentimiento artístico de belleza física y moral; y aquellos jóvenes luchadores salidos de concurso, después de haberse lavado el cuerpo, iban gravemente a sentarse cerca de un maestro para tratar las cuestiones más elevadas de la metafísica y de la filosofía.»

El hombre griego se formó así entre el estadio y el efebeo, entre la palestra y el *exedra*. Y de este régimen educativo surgió la vocación dominante al gusto artístico. La gimnasia fue entre los griegos una educación profunda, ennoblecedora, metódica y dirigida a desarrollar todas las perfecciones físicas y morales.

Hoy los ingleses, que han hecho de Oxford y de Cambridge dos palestras dignas de la Elade antigua de Píndaro y de Esparta, y los norteamericanos, para los cuales el deporte es una pasión congénita, preceden a la vanguardia en la ascensión de los pueblos. Y parecerá atrevimiento asegurarlo, pero yo creo que a la educación física deben estas dos naciones, en grandísima parte, la energía, la voluntad, la inteligencia que le aseguran el éxito material en las luchas para la difusión y la expansión en el mundo.

Herberto Spencer nos dió el axioma: «Ser un perfecto animal es la condición primera de todo triunfo individual.»

Y en Panamá nada.....absolutamente nada.....ni una escuela de lucha, ni una sociedad de regatas, ni una sala de esgrima, ni un club de carreras, nada, absolutamente nada.....muchos billares y muchas cantinas he aquí todo.

Cuerpos jóvenes que van deshaciéndose en la inercia tropical, almas jóvenes que van enmoheciéndose, una juventud que aspira solamente a cien pesos en cambio de seis horas pasadas sobre la silla de una oficina dormitando o fumando.

Existió una tentativa de despertarse un día y una tentativa que dió alguna esperanza, tres años hace, tiempo en que dirigía el Instituto el ilustre e inolvidable amigo don Justo Facio. Se vió entonces, poco a poco, formarse una falange, una bella falange de jóvenes, llenos de entusiasmo; se cambiaron desafíos entre éstos y los Clubs del Canal Zone, y asistimos a magníficos concursos, uno de los cuales granjeó al Instituto una copa de plata. Pero, alejándose el señor Facio, esta magnífica vislumbre se apagó de nuevo; quedaron solamente algunas

esperanzas y éstas sufrieron su definitiva condena con un decreto que debe parecer muy extraño a quien piense que fue emitido por un joven médico, el fundador de la fiesta del árbol, que prohibió cualquiera fiesta escolar con ejercicios de gimnasia.

Aquella, como la trompeta de Josué, que destruyó con sus sonidos los muros de Jericó, dió el golpe de muerte a todo útil despertamiento de energías físicas y morales de la juventud panameña.

Un pueblo fuerte que tiene conciencia de poder defender su tierra, la ama mucho más que un pueblo débil que se siente impotente frente al peligro....así como el hijo ama a la madre enferma, intensamente hasta cuando posee una esperanza de verla otra vez sana.....y la ama menos y se acostumbra al pensamiento de perderla cuando toda esperanza es perdida por él.

Mirad, alumnos queridos, que en todas las naciones, a pesar de las continuas prédicas de desarme y de paz universal, se va formando una juventud fuerte, audaz, rica de aspiraciones, imperialista, y no os quedéis atrás. Inglaterra, que conoce el secreto de las conquistas y que entrevé la vía más breve hacia la grandeza futura, ha organizado perfectamente un ejército poderoso de niños, los boys-scouts. No puedo hablar hoy de esta institución magnífica; lo haré en otro tiempo y en otra parte. Sólo diré que ya muchas naciones han imitado a Inglaterra.

A los hombres y a los jóvenes de Panamá está indicado el camino.

—

Nacen uno cerca del otro, sobre la cordillera de los Andes que se yergue audaz casi atacando el cielo, dos ríos ricos de agua y de caminos: el río de las Amazonas y el río de la Plata. Sus manantiales en un punto se acercan casi hasta tocarse. Los dichosos viajeros que llegan a aquellas maravillosas regiones, suelen robar a los manantiales primeros del río de las Amazonas, un poco de agua para echarla en el río de la Plata. Así en aquellas gotas, el infinito número de séres que en ellas viven y que están destinados a correr hacia las vírgenes selvas malsanas, por los bajos llanos pestíferos donde el mal y la muerte triunfan van hacia la Argentina, a través de los fértiles llanos de la potente república agrícola.

La higiene del alma debe, como aquellos viajeros, sacar con constancia fe y entusiasmo, las energías que irían fatalmente perdidas en los ocios infecundos y fatales del vicio y dirigirlos a los campos del trabajo feraz de todo bien; robar a la corriente impetuosa que transporta a la ignorancia, al bandalaje, al crimen el mayor número de seres humanos y dirigirlos hacia el maravilloso dominio de la virtud y del honor.

Panamá, 11 de enero de 1913.